

## Patrimonio: el futuro que habita en la memoria\*

Jesús Martín-Barbero

Al convocar el primer concurso iberoamericano sobre *usos sociales del patrimonio*, el Convenio Andrés Bello ha introducido el más polémico y decisivo de los debates allí donde hasta hace poco todo parecía claro e intocable –a la vez que reencarnando el sentido político de la educación–, y pone en marcha un nuevo proceso pedagógico de integración regional. Habiendo hecho parte del jurado que leyó los 92 trabajos e hizo la selección, creo importante reflexionar sobre los criterios que, unos explícita y otros implícitamente, guiaron nuestro trabajo de selección.

El debate que este concurso introduce en las concepciones y políticas de patrimonio es el de las transformaciones de fondo que atraviesan hoy las culturas de América Latina y los modos de pensarlas y afrontarlas. Pues ninguna otra área del campo cultural vive una tal cantidad y seriedad de desafíos. Y quizá, aunque escandalicen sus posibles malentendidos, sea oportuno empezar con una idea de Nietzsche que nos encara en su radicalidad a lo que está en juego. Se trata de la paradoja con la que se burla de los anticuarios, cuyo afán de fabricar antigüedad se convierte en una “incapacidad de olvido”, que les lleva a ¡“hacer de la vida un museo”! De esa concepción anticuaria del patrimonio han vivido nuestras instituciones nacionales y de ella queda aun mucho en las propuestas de renovación. El debate al que aludo se presenta en dos escenarios: el de lo nacional como único espacio propio del patrimonio, y el de lo patrimonial como inmovilización del tiempo.

Convertido en la “legitimación metafísica del ser nacional” (García Canclini), el patrimonio ha resultado siendo en Occidente, y especialmente en muchos de nuestros países, huérfanos de mitos fundadores, el único aglutinante cohesionador de la comunidad, y por ello el imaginario constitutivo de la nacionalidad. ¿A qué costo? El de un patrimonio asumido monoteístamente, sin contradicciones internas que hagan estallar y visibilizar las arbitrariedades históricas, esto es, las exclusiones sobre las que se ha ido construyendo su pretendida unidad, conservado ritualmente como algo a reverenciar y en modo alguno a usar socialmente, es decir, a vincular con la cotidianidad cultural de los ciudadanos, y difundido elitistamente como un don que viene de arriba y por lo tanto no discutible ni revisable.

Esa concepción culturalista, que desliga la cultura de las batallas históricas a través de las cuales se configuró, haciendo del patrimonio un modo de evasión hacia el pasado glorioso del que imaginariamente venimos, está hoy siendo minada por punta y punta. De un lado, la

---

\* Texto del jurado del I Premio Somos Patrimonio.

crisis de lo nacional remite al estadillo que hoy sufre la monoteísta historia oficial –esa desde la que la escuela todavía socializa/nacionaliza a los ciudadanos– por el reclamo de las regiones y los municipios, las etnias y las mujeres, por el derecho a sus memorias. Y como lúcidamente plantea el historiador Pierre Nora, el estallido de las memorias no es algo que pasa únicamente en el universo de los discursos sino que tiene un marcado carácter patrimonial, es estallido del poder asociado a la unificación del territorio, y de la identidad. La decisiva pregunta por cómo articular una historia nacional a partir, ya no de una preestablecida unidad, sino de la diversidad de memorias que la constituyen y desgarran, pasa hoy por una radical redefinición de lo patrimonial, capaz de desneutralizar el espacio para que en él emerjan las conflictivas diferencias y derechos de las colectividades a sus territorios y sus identidades. Pues ha sido la neutralización del espacio –lo patrimonialmente nacional por encima de las divisiones y conflictos de todo orden– la que ha estado impidiendo, sofocando, tanto a los movimientos de apropiación del patrimonio local como a los de construcción de patrimonio *trans* y *post nacionales*, como el latinoamericano y aun el iberoamericano.

El segundo escenario es aquel en que se evidencia la crisis de una metafísica patrimonial basada en la inmovilización del tiempo. Hoy la memoria está dejando de ser confundida con la recuperación de un pasado, concluido, sellado –puesto que depositario de los valores de la identidad nacional–, para dar paso a una percepción otra de la temporalidad según la cual habitamos un pasado inconcluso (W. Benjamin), cuyo correlato es una memoria activa, activadora de lo que en el pasado hay de reserva y semilla de futuro.

Es a partir de ese doble debate y estallido que se hace posible pensar el patrimonio, primero como “capital cultural” (P. Bourdieu), que es necesario expropiar a sus antiguos/anticuarios dueños para que las comunidades municipales o barriales se lo apropien, para que se despierte en la conciencia de las comunidades el derecho a su memoria cultural, a indagarla reconocerse en ella, cuidarla, ampliarla, interpretarla, usarla e incluso rentabilizarla en todos los muy diversos sentidos de este término. Y segundo, se hace imperativo un replanteamiento de lo que material y espiritualmente se tiene por patrimonio. Me refiero, de un lado, a la necesidad de que las políticas culturales tengan por patrimonio no aquello que se substrahe a las dinámicas de la cultura sino algo que está en constante interacción con las culturas del presente, con las que a diario se construye futuro (R. Salmons). Y de otro, la necesidad ineludible de que en las decisiones sobre lo que se considera patrimonio cuenten, tanto o más que los expertos y arqueólogos, las comunidades concernidas, único modo de que lo que se tiene por patrimonio responda no sólo al criterio de autenticidad, sino sobre todo al de reconocimiento: que se trate de algo en lo que la colectividad concreta se reconoce y reconoce como parte de su historia y su vida cultural.

Eso fue lo que encontramos en los casi cien proyectos que respondieron al concurso: una creciente conciencia del derecho a incorporar su vida colectiva del patrimonio material y espiritual, arqueológico y ecológico, como parte de sus bienes y valores, un claro sentido de

que por antiguas que sean sus raíces el patrimonio es algo que concierne al hoy, que se halla atravesado por las luchas a través de las cuales buscan sobrevivir como colectividad, un esfuerzo sostenido por que las instituciones nacionales e internacionales les apoyen y no les suplanten ni usurpen en su irremplazable tarea de dar sentido y vigencia a lo que es suyo.